

Melo del 54. A finales de este decenio, Nieto se une a la revuelta contra el presidente conservador Ospina Rodríguez. De esta aventura sale mejor librado y asciende a la presidencia del Estado de Bolívar y temporalmente a la presidencia de la Unión. Posteriormente se aleja del poder para evitar inútil derramamiento de sangre —una constante en la biografía de Nieto, según Fals Borda— para morir poco después casi de incógnito.

Paralelamente a la singular historia del caudillo costeño, Fals Borda inserta testimonios de la historia de las clases subordinadas costeñas, historia encarnada en otro legendario personaje: Adolfo Mier. En este canal caben las narraciones sobre las guerras locales, la llegada del primer vapor a Mompox y el sabotaje que bogas y pescadores organizaron a la nave, la permanente migración de los campesinos en búsqueda de mejores tierras, la solidaridad de los de abajo por encima de la división de los colores políticos, etc. Alrededor de la biografía de Mier, el autor se aproxima nuevamente a la cultura popular costeña. Las clases subordinadas costeñas fueron más dinámicas y realistas ante el utopismo de las elites políticas. Las primeras, lo señala Fals Borda, conquistaron importantes victorias a pesar de no haber cristalizado una alianza artesanal-campesina cuando se requería: en la revolución de 1854. Es importante resaltar que tanto los testimonios de sobrevivientes de estos acontecimientos como la biografía de Mier constituyen invaluable arsenal cultural del cual todavía se puede extraer mucho.

*El presidente Nieto* es sin duda una brillante historia del caudillismo en Colombia y, en ese sentido, es una historia de nuestro siglo XIX. Para Fals Borda, el caudillismo tiene su razón de ser en el tipo de sociedad agraria tradicional del siglo pasado. Para que este fenómeno echara raíces en nuestra sociedad necesitaba de bases de apoyo regional, de entidades y mecanismos legitimadores (grupos sociales, Iglesia, logias, ideologías liberal y socialista, etc.),

de elites económicas que apoyaran o atacaran y de una debilidad del Estado central. El caudillismo tuvo su dinámica propia en el país y se consolidó mediante las alianzas y los distanciamientos, de la rapiña por las clientelas y, en fin, por el fragor de las guerras civiles que sacudieron a Colombia durante el siglo pasado.

Ahora bien, Fals Borda insiste, a lo largo de todo el volumen, en el carácter anticaudillista del caudillo Nieto. Así como las elites pueden generar antielites, en la Costa el anticaudillismo estuvo presente en no pocos caudillos. En Juan José Nieto, el autor encuentra profundos rasgos de humanitarismo y civilismo. Y ello se debe, sigue insistiendo Fals, a la formación republicana y al *ethos* costeño de Nieto.

Con esto tocamos el punto crítico que resalta en este segundo volumen de *Historia doble de la costa*: aquello de la costeñidad. El énfasis que Fals Borda pone en este punto es lógico desde la perspectiva de una historia regional, pero termina restando universalidad a ciertas teorías y conclusiones del autor. Por ejemplo, al recalcar el *ethos* no violento del costeño, el autor parece implicar que sí existe un *ethos* violento en otras regiones colombianas en donde tal vez se aplicarían las teorías hobbesianas que él rechaza para el caso costeño. Hay especificidades regionales, de eso no hay duda; pero tal vez habría que insistir también en aspectos comunes a otras regiones, aspectos que irían más allá de la mera oposición de las provincias a los “déspotas” de turno apostados en la capital. Se ha dicho que el riesgo de una historia regional yace en descuidar el contexto nacional. Fals Borda tiene mucho cuidado en ello, pero en cambio abre las puertas a cierto chauvinismo regional que poco ayuda a esclarecer la evolución histórica de nuestra formación social. Por otro lado, si se compara el caso de Nieto con el de Núñez, se advierte que hay una costeñidad común que produce resultados diferentes. En otras palabras, creemos que hay un *ethos* costeño, probablemente menos violento y más antimilitarista que en otras re-

giones —eso está aún por estudiarse— pero ésta no puede ser la explicación del comportamiento de las elites regionales y menos de los individuos.

A nivel metodológico no hay mucho que agregar a lo ya dicho con relación a la Iap. Nos preocupa, eso sí, cómo se determina la dosis de imaginación utilizada en la reconstrucción histórica. No creemos, con Fals Borda, en el mito del historicismo, según el cual el documento lo dice todo. Lo difícil es determinar el grado de imaginación en el quehacer científico. Parece que Fals Borda hace un uso adecuado de ésta y, más importante aún, lo señala explícitamente, cosa no muy común entre nuestros investigadores sociales.

M. A. N.



## Los hombres-hicoteas y la resistencia popular

*Resistencia en el San Jorge*, Historia doble de la Costa - 3  
Orlando Fals Borda  
Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1984,  
412 páginas

*Resistencia en el San Jorge* se inicia en Jegua, que en palabras de Orlando Fals Borda es aquel pequeño Macondo, símbolo del águante de la gente costeña, de la supervivencia “rebuscando”, del ingenio para combinar distintas actividades económicas para subsistir, de la astucia para “vivir bien” el presente sin amargarse por el futuro. Jegua es, en síntesis, el espacio físico de los hombres con caparazón, de los hombres-hicoteas.

En este tercer volumen, Fals Borda nos presenta la dialéctica de

la descomposición-reproducción de la economía campesina en su versión costeña. En dicho proceso el campesinado utiliza distintas estrategias de reproducción: adaptación y acomodamiento, el "rebusque", el "aguantar", la simbiosis y el sincretismo, la creación de deidades humanas, la cohesión cultural y la resistencia armada. En este volumen Fals Borda ofrece una nueva perspectiva histórica sobre los movimientos sociales. Ya no se trata de ese fatalismo o derrotismo, de ese continuo culpar a los vencidos, o de ese silencio sobre las estrategias de resistencia que caracteriza a la historiografía tradicional y a buena parte de la marxista. El autor nos introduce al estudio de una cotidianidad dinámica, de una actividad ingeniosa y permanente de las clases subordinadas ante la también permanente ofensiva de los sectores dominantes.

Así como la paradoja de *El presidente Nieto* era la existencia de un caudillo anticaudillo, la de *Resistencia en el San Jorge* es encontrar rebeldía en el interior de una aparente sumisión y resignación. Ante una historia que negaba o subvaloraba a las clases subordinadas por sometidas y alienadas, Fals Borda plantea un nuevo punto de vista historiográfico que se acerca a los movimientos sociales, en la senda abierta por un grupo de etnohistoriadores y antropólogos<sup>1</sup>.

Ahora bien, Fals Borda no desconoce que las estrategias de resistencia no han sido siempre exitosas, pues éstas tienen sus riesgos y pueden devenir en alienaciones de nuevo tipo. Por ello, la perspectiva historiográfica planteada por Fals Borda se halla lejos de ser la historia apologética de las clases subordinadas. Es una historia crítica no sólo

de las elites, sino de los practicantes de las estrategias de resistencia.

Para estudiar las raíces de la resistencia popular en el San Jorge, Fals Borda se remonta a las tempranas estrategias puestas en práctica por los indígenas ante el conquistador y el colonizador españoles. Ante la dominación señorial de la hacienda, los trabajadores rurales no se cruzaron de brazos. La asonada de Ayapel y la sedición de Jegua, a fines del siglo XVIII, no fueron sino la expresión condensada de siglos de resistencia.

El siglo XIX está marcado por una ofensiva señorial contra los resguardos indígenas y las tierras campesinas. Época de repliegue popular y de creciente diferenciación social en la economía campesina misma que permaneció aun en los peores años de dominación señorial. En 1890 una generosa legislación nacional sobre resguardos impulsó infructuosamente la lucha por la reconquista de las tierras perdidas en Jegua y el Guazo. Paralelamente, ante el descuido de la Iglesia, la gente concibió deidades más humanas y articuladas a su *ethos*. En este clima propicio, no fue extraño que se presentaran algunas formas milenaristas en la subregión momposina.

El siglo XIX también significó la descomposición de la clase terrateniente tradicional con la lenta aparición de los terratenientes-capitalistas, y la crisis de los antiguos centros de poder regional y su correspondiente desplazamiento por otros más dinámicos (de San Benito Abad a Sincelejo y Corozal; de Mompos a Magangué y El Banco). Hubo incluso signos de "descomposición" moral y de pérdida de aspectos del *ethos* costeño por parte de las elites regionales.

El impacto del imperialismo y de la estructura de dependencia en la formación regional es también estudiado en este volumen. La especulación en tierras por parte de los estadounidenses encuentra su límite en la respuesta activa popular. La resistencia culminó exitosamente en 1949 con el retiro de los norteamericanos de la subregión y la recuperación de la tierra por los campesinos. Si bien

el imperialismo tuvo que amoldarse a las condiciones ecológicas y humanas de la depresión momposina, saliendo derrotado de la subregión, como superestructura salió triunfante no sólo en la región costeña sino en todo el país. Sin embargo, aun en esas condiciones, tuvo que enfrentar la contracultura nacionalista, altivamente enarbolada en esta subregión costeña.

Finalmente, Fals Borda señala cómo el dinamismo de la resistencia popular enfrentó con éxito aun los intentos de domesticación religiosa emprendidos por las misiones católicas a comienzos del presente siglo, al darse, a través de ciertas alienaciones articuladas a la resistencia a la dominación, posibilidades de liberación para un pueblo. Como sucede con la práctica de la llamada teología de la liberación en la depresión momposina. Acá el autor, paradójicamente, parece concederle más importancia a la presencia catalítica de agentes externos (curas y monjas progresistas) que a las potencialidades del pueblo que lucha por su libertad.

En este tercer volumen hay una legítima preocupación por recuperar el conocimiento popular y por transmitir los hallazgos científicos a las clases subordinadas. Es una preocupación básicamente pedagógica. Sin embargo, la urgencia política corre el riesgo de ahogar la riqueza del material cultural hallado y aun la novedad del punto de vista sobre las "estrategias de resistencia".

Quedamos pendientes del siguiente volumen en el que Fals Borda nos promete la historia de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos en la costa atlántica. Igualmente quedamos convencidos de que la perspectiva historiográfica avanzada por Orlando Fals Borda impactará a los historiadores de los movimientos sociales, pues, como decíamos al principio, se podrá debatir y contradecir la presente obra de Fals Borda, pero por ningún motivo se la podrá pasar por alto.

MAURICIO ARCHILA NEIRA

<sup>1</sup>Nos referimos a una serie de investigadores sociales latinoamericanistas que, estimulados por los pioneros trabajos de E.P. Thompson y E. Hobsbawm, han reivindicado esta nueva perspectiva en el estudio de los movimientos sociales. Baste mencionar a estudiosos del movimiento obrero como J. Nash, M. Hall y P. S. Pinheiro; o de las comunidades campesinas como S. Stern, F. Mallon y S. Mintz; o incluso a ciertos "chayanovistas" como "N. Long y B. Roberts".